

# FICHERO BIBLIOGRAFICO

## JOSE FABBIANI RUIZ

POEMAS, POR VICENTE GERBASI. — CUADERNO  
NUMERO 12 DE CANTICOS. — EDICIONES SIGLO  
XX. — BOGOTA, 1947.

En una preciosa edición de los Cuadernos "Cánticos", que en Bogotá dirige el poeta y novelista Jaime Ibáñez, Vicente Gerbasi nos brinda una breve antología de sus versos. Siempre hemos visto en el autor de "Mi padre, el inmigrante" uno de los poetas mejor dotados de su generación. Del grupo "Viernes", de tan mala manera atacado y defendido por sus amigos y detractores, el de personalidad más acusada. Salvo, desde luego, Luis Fernando Alvarez y José Ramón Heredia, poetas de fuerza y de talento indiscutibles.

V. G. es, en términos generales, un poeta de tono recogido, a la sordina, romántico, muy cerca del aura mística. Desde luego, no un misticismo a lo Neruo, religioso, que para algo la poesía, sea cual fuere su modalidad, está y estará siempre sometida a la acción del tiempo, sino un misticismo panteísta, con un ropaje en el que la metáfora nueva juega un papel determinante. Así lo atestiguan los términos que el poeta busca, y encuentra. Entonces, las palabras se ajustan, precisas, a su propia alma. Poeta a la sordina, es decir, en quien los vocablos se convierten en una tenuidad vaporosa. La música en V. G. —valga el ejemplo— es ausente, y las torres, frías. El minero, persona a la que suponemos recia y vigorosa, carece del elemento que convertiría el vigor y la reciedumbre aludidos en verdades concretas y tangibles: la mirada.

Pareciera que nuestro poeta se hallase a su gusto en una poesía contemplativa, que tantos ilustres representantes tiene en la historia de la lírica española. Esto decimos para que no se tome como falta de autenticidad lo de contemplativo. En el contemplar la naturaleza y el alma, en el extasiarse ante ellas, puede existir un potencial lírico de considerables proporciones. Garcilaso fué un esencial poeta contemplativo, ¿y quíerese mayor verdad poética que esas maravillas que son las églogas? Todo es música y melodía para V. G. Interiores y exteriores. Vigilia: esta es paz; pero también infinito. E infinito, lucha y tortura, que el poeta resuelve en imágenes tranquilas:

Mi ser fluye en tu música, bosque dormido en el tiempo,  
rendido a la nostalgia de los lagos del cielo.  
¿Cómo olvidar que soy oculta melodía  
y que tu adusta sombra es voz de los misterios?

Mas tu paz es vigilia. Redimes la vida  
extasiada en los cantos, en claros manantiales.

Por aquel su regusto contemplativo, la poesía amorosa de V. G. se aleja completamente de lo sensual, sólo revestida —insistimos— de un hondo sentido panteísta, melancólico las más de las veces, saturada de dolor de césped y de flores. Otras, el poeta, guarecido en la noche del mundo, que viene a ser su propia noche, oye un profundo llanto, desde el cual preguntará, lleno de angustia:

¿Dónde aquellas ovejas  
que manchaban de blanco las colinas,  
y las finas abejas,  
que bajo las encinas  
embriagaban las flores vespertinas?

¿Dónde el perro pastor,  
fiel a la flauta mágica y agreste?

Pero, asimismo, la poesía de V. G. —por ejemplo, en "Mi padre, el inmigrante", donde, como en toda su obra, hace acto de presencia el panteísmo místico al que aludimos en oportunidad anterior— mezcla dos emociones que le comunican indiscutible sabor humano a los versos: la de la tierra del padre —"aldea en la colina redonda bajo el aire del trigo"— y la del propio suelo.

Pasa pesado un viento de oscuros gavilanes  
y en las viviendas arden  
ramas de algún bosque misterioso.  
En la selva Canaima huye en un denso soplo  
de tiniebla y de azufre, de pájaros negruscos,  
y cuelga de las ramas como caucho quemado,  
y aprisiona a los hombres  
en sus brazos quemantes de llanas mololientes,  
y grita con la muerte como una araña mona.

Interesante este último aspecto de la poesía de V. G. Sin olvidar las características fundamentales de su lírica, aquellas que le comunican acento propio a sus versos, el poeta se deja envolver en la llama de una profunda fuerza telúrica, y es entonces cuando quien canta va más allá de la pura y simple verdad poética.

En dos cosas no estamos de acuerdo con nuestro amigo: en la excesiva repetición de un mismo vocablo —abajo, en el poema "Agua que se precipita", por ejemplo;— y en las aliteraciones en que incurre. El mismo poema es muestra de ello: "Reconozco... ronco abismo... boca abajo... con memoria de espuma y de ramajes..."